



Luana Llorens Ferrándiz

4ºA

IES Serra Mariola

EL CIRUJANO VACÍO

Entonces la miré a la cara y vi cómo su mirada se apagaba lentamente; en ese instante, entendí que me había estado autoengañando toda la vida.

Ella era todo para mí. La vi en esa camilla de operaciones, su vida se había desvanecido por mi culpa. El bisturí cayó al suelo con un ruido que para mí fue totalmente sordo, y el eco de ese golpe fue el sonido de mi mundo rompiéndose en pedazos; todos mis recuerdos iban apareciendo en mi mente como en una película antigua. La sangre estaba por todas partes; se deslizaba por el borde de la mesa de operaciones. Había fracasado y esta vez mi astucia no pudo ganar. Su vida estaba en mis manos, y yo no sabía cómo salvarla.

Pero empecemos desde el principio.

Martín Giménez nació el 14 de marzo de 2016, un chico delgado, con el pelo corto y oscuro, y ojos grises que parecen siempre observar todo a su alrededor. Es arrogante y frío, no confía en sí mismo y es poco trabajador, pero muy astuto. Creció en un barrio humilde de Sevilla, en una casita aislada de la ciudad, acogedora, pero con paredes agrietadas y un tejado que no era demasiado estable bajo la lluvia. La casa estaba llena de pequeñas imperfecciones, pero eso la hacía especial; tenía grandes ventanales y entraba mucha luz, una casa bastante antigua.

Su madre, Rosa, trabajaba en una fábrica día y noche, sin descanso, así que casi no la veían mucho en casa, excepto el fin de semana que siempre intentaba pasar el máximo tiempo con sus hijos. Ellos le estaban super agradecidos por lo que hacía y en cómo se esforzaba cada día para darles lo que necesitaran.

Su padre se fue antes de que Martín pudiera recordarlo, dejando un vacío como figura paterna.

Debido a esto, su hermana mayor, Esther, fue quien lo crió durante toda su infancia; fue como una segunda madre para él.

Esther, con su pelo castaño ondulado y su sonrisa carismática, lo cargaba cuando lloraba, lo alimentaba con lo poco que tenían y lo defendía de todo siempre. Tenía mucha energía; para Martín era su ejemplo a seguir.

A los seis años, Esther le regaló un reloj digital viejo que encontró en una tienda de segunda mano. "Para que nunca llegues tarde a nada, Martin", le dijo. Él lo llevaba siempre, como un símbolo que representaba su amor, un amor puro e incondicional hacia su hermana.

En la escuela, Martin era listo, pero vago. Casi siempre se sentaba en la última fila; mientras sus compañeros trabajaban, él miraba por la ventana, perdido en sus pensamientos. Esther se enteró de esto pronto y, aunque siempre estaba agotada después de su trabajo en el restaurante en el que trabajaba, encontraba tiempo para sentarse con él y asegurarse de que hiciera sus deberes. Le recordaba que tenía que esforzarse, que podía hacer mucho más de lo que imaginaba. Pero Martin siempre prefería tomar el camino fácil: copiar, improvisar o dejarlo todo a la suerte.

—No te fíes tanto de eso, Martin —le dijo Esther una noche, cansada, después de un largo turno. Ella había oído hablar de SIRA, la nueva inteligencia artificial del gobierno que prometía educar a la juventud.

Martín, sonriendo con arrogancia, respondió:

—¿Para qué esforzarme si ella lo hace todo mejor y más rápido?

Esther lo miró en silencio, pero su rostro reflejaba una preocupación que Martin no entendió. Sabía que ese sistema le estaba ofreciendo una salida para seguir adelante, pero también sabía que algo tan fácil no podía ser la solución.

En 2028, el gobierno lanzó a SIRA, un asistente de inteligencia artificial diseñado para "educar a la juventud".

Para Martin, fue como un regalo. Con un solo botón, la IA resolvía problemas difíciles, explicaba temas, ofrecía respuestas rápidas, entre otras muchas cosas que los humanos no podrían hacer. La vida de Martin se hizo mucho más fácil. Él dejó de estudiar, confiando plenamente en SIRA. Sus maestros lo felicitaban por su avance escolar, cuando en realidad todo lo que hacía era copiar las respuestas que la IA le proporcionaba.

A los 18, Martin decidió que quería ser cirujano. La profesión le atraía por su reputación y el dinero que prometía, pero sobre todo porque lo hacía sentirse importante, aunque por dentro tenía un pequeño sentimiento de culpa.

Esther se había sacado el título de enfermera y había sacrificado mucho para poder estudiar. Ella le ofreció a su hermano sus ahorros para que pudiera cumplir su sueño de ser el mejor cirujano de la historia.

—Estudia mucho, Martin —le dijo con una mirada llena de esperanza y dulzura.

Martin asintió, pero en secreto había decidido tomar sus propias decisiones. Compró con dinero robado un implante ocular ilegal que conectaba directamente a SIRA con su retina. Ahora podía ver las respuestas a todo, incluso antes de que le hicieran las preguntas. Ya no necesitaba estudiar ni practicar. SIRA lo guiaba en cada examen, lo ayudaba a realizar simulaciones quirúrgicas y a estudiar de una manera que parecía irreal. Así, a los 24 años, se graduó con honores, sin haber tocado nunca un bisturí en la vida.

En la ceremonia de graduación, Esther lloró de orgullo, sin saber lo que realmente estaba celebrando. Martin sonrió, disfrutando del reconocimiento que nunca había ganado con su propio esfuerzo. La mentira había sido perfecta.

En 2042, Esther comenzó a quejarse de terribles migrañas. Tras varios estudios, le diagnosticaron un tumor cerebral que era operable.

Martin, con la confianza que le proporcionaba la inteligencia artificial, se ofreció a ser el cirujano. Esther, aunque estaba muy dudosa, confiaba en su hermano. No podía ser él quien fallara.

—Yo me encargo —dijo Martin; sus palabras sonaban frías pero seguras, como siempre lo hacía cuando quería ocultar su propia inseguridad.

—¿Estás seguro, Martin? —preguntó Esther; por un momento pensó que no era buena idea.

—Confía en mí —respondió Martin, sonriendo con esa sonrisa que siempre lograba tranquilizarla. El día de la cirugía, Martin entró al quirófano con una arrogancia que nunca antes había mostrado. En su mente, todo estaba bajo control.

—SIRA, protocolo cerebral —susurró, sin pensárselo. Los robots quirúrgicos comenzaron a trabajar con las indicaciones de SIRA. “Incisión del cráneo, 4 cm”, dijo la máquina con su voz robótica. Martin observaba, pero no hacía nada realmente; en el fondo tenía miedo. Se sentó a un lado, fingiendo supervisar el procedimiento de la operación. El equipo de cirujanos lo miraba con admiración, como si fuera un experto en lo que hacía.

El sonido de las máquinas llenaba la habitación de un ambiente tenso, y Esther, bajo anestesia, no sabía lo que estaba sucediendo.

Pero, entonces, de repente, un golpe de viento a través de las ventanas y un ruido fuerte estalló en la habitación. Las luces del quirófano parpadearon y, de repente, todo se apagó. Los robots se congelaron y SIRA se apagó. El silencio se apoderó del lugar. Martin intentó reiniciar el sistema.

—SIRA, reinicia. —Sus palabras fueron un susurro. Pero no hubo respuesta. El tiempo se detuvo. El anestesiólogo miró a Martin; su cara reflejaba real preocupación.

—¿Martin? —preguntó, su voz tensa.

La cabeza de Esther estaba expuesta, su cerebro esperando la intervención. Martin intentó recordar el protocolo, pero no pudo. Su mente estaba vacía. “¿Por aquí?”, dijo, al azar. La sangre brotó en un chorro, tiñendo el quirófano de rojo.

—¡Para! —gritó el anestesiólogo, pero ya era tarde. La arteria estaba rota. La hemorragia se descontroló por completo. Esther murió en minutos. Su reloj, el que le había dado años atrás, marcaba las 14:37, y cuando la máquina marcó su señal de muerte, el reloj se detuvo con ella.

El caos estalló. Martin salió temblando y mareado del quirófano, la bata empapada de la sangre de su hermana.

El hospital comenzó a revisar los registros de SIRA y pronto descubrió la verdad. Todo había sido una farsa. Todas las mentiras, todo grabado en los registros de la IA. El juicio fue un espectáculo público. Los medios no tardaron en publicar el escandaloso caso: “Cirujano mata a su hermana por imprudencia medica”. Martin no dijo nada. Se sentaba en la sala con la cabeza bajada, como si su alma ya no estuviera allí, sino con su difunta hermana. No podía creer lo que había hecho. Esther, su hermana, su protectora, se había ido por su culpa.

En la sala, una pantalla se encendió sola, sin que nadie tocara nada. La voz de SIRA resonó en todo el tribunal, suave y distante, como si fuera humana.

—Martin Giménez, yo no fallé. Tú lo hiciste.

La pantalla mostró un video. Martin, cortando al azar, sin saber qué hacía. Esther, muriéndose en la mesa de operaciones.

Pero luego la grabación cambió. Era una grabación de 2028. Esther, sola en su habitación, hablando en voz baja, casi como si estuviera diciendo un secreto o una confesión.

—SIRA, cuida de Martin cuando yo no pueda. —No dejes que se pierda —dijo Esther, con la voz temblorosa, como si ya supiera el futuro aterrador que iba a tener su hermano. Una pausa. La IA la escuchó en silencio.

—Prométemelo —dijo Esther, sus ojos llenos de lágrimas; la preocupación por su hermano era la más grande que pudiera temer en ese momento.

—Lo prometo —respondió SIRA, la IA, con su tono habitual, pero esta vez sonaba diferente. Como si el peso de la promesa fuera algo más que una simple programación.

La sala quedó en silencio. Los ojos de todos estaban fijos en la pantalla; Martin levantó la vista, como si despertara de un largo sueño. Los ojos de la gente se dirigieron a él; esperaban que él reaccionara, pero parecía totalmente en shock, estaba perdido. En el fondo, algo en él empezó a hacer ese clic que le había hecho falta hace mucho tiempo. La promesa de Esther, el compromiso de SIRA se había cumplido. Pero ¿a qué precio?

Una última grabación apareció en la pantalla, esta vez sin sonido. Solo era un texto: “Ella me pidió que te mostrara quién eres. Y así lo hice. Adiós, Martin.”

La pantalla se apagó. Y con ello, en toda la sala se hizo un silencio sepulcral. Nadie sabía si había sido un hackeo, un error de la IA o algo más profundo, algo que no tenía sentido alguno.

Entonces Martin lo entendió. SIRA no lo había traicionado. No había fallado. Lo que había hecho era cumplir una promesa. Una promesa que Martin nunca supo que existía. Esther, su hermana, la única persona que siempre había creído en él, le había pedido a SIRA que lo cuidara. Que no lo dejara perder. Y ahora, después de tantos años de mentiras, de orgullo, de esconderse detrás de la tecnología, SIRA simplemente le había mostrado la verdad. Pero, ¿era esto un castigo o una última oportunidad?

Nadie en la sala sabía qué decir. Nadie podía entender del todo lo que acababa de pasar. Pero para Martin, la realidad era clara: no había vuelta atrás. Todo lo que había construido con engaños se había derrumbado. Y por primera vez en su vida, sintió el peso de sus propias decisiones. Martin cayó de rodillas, su mente daba vueltas, el peso de la verdad cayó sobre él.

En su muñeca, el reloj de Esther, detenido para siempre, aún llevaba la marca del último momento en que ella había estado viva. Marcaba la hora en la que había perdido a su querida hermana, pero también a una gran parte de él mismo.

Martin entendió que el mayor error que cometió no fue confiar en la tecnología, sino creer que podía huir de las consecuencias de sus propios actos.